

“Visions de Parada de Sil”: Solpor en Santa Cristina

Buenas tardes.

Me hubiera gustado dirigirme a ustedes en gallego, pero el que aprendí de pequeño en el seno de mi familia, el mismo que hablamos todavía, temo que no sea el más ortodoxo.

Así que traduciré al castellano mis pensamientos.

Ante todo, quisiera expresar mi agradecimiento al Ayuntamiento de Parada de Sil y a la Asociación Cultural “Ouro do Sil” por haber convocado esta quinta edición del Concurso Fotográfico Rosa Pons Fábregas. Y al jurado del mismo, el haber otorgado el primer premio, en la modalidad “Visions de Parada de Sil”, a la fotografía que he titulado “Solpor en Santa Cristina de Ribas de Sil”.

Mi agradecimiento también, de modo especial, a la empresa Italadi – y en concreto a D. Camilo Yáñez Pons – por el patrocinio de estos premios que, por una parte, suponen un acicate para la imaginación de quienes ya no sabemos respirar sin una cámara de fotos y, por otra, sitúan Parada de Sil en el foco de atención de múltiples y variopintas miradas.

En este sentido, si mi foto sirviera para suscitar cierta curiosidad y sembrara la intención de recorrer estos caminos y descubrir lugares tan privilegiados, se verían más que colmadas mis aspiraciones. Las imágenes son, ante todo, seres vivos que, si han dado en el blanco, incitan a sentir con más intensidad ya a observar con mayor atención.

Permítame ahora que repase con ustedes algunos retazos de la pequeña historia que deseaba contar con mi fotografía.

Desde el principio pensé que dos elementos tan emblemáticos como el castaño y el Monasterio de Santa Cristina debían conjugarse para componer una estampa de esta tierra por la que siento una profunda querencia. Pero para ello preciso huir de los tópicos.

Era consciente de que me faltaba un tercer elemento, el más importante siempre dentro del encuadre: me refiero al elemento humano, a las personas que habitan este rincón del mundo, pues sin ellos el paisaje se queda cojo.

Sin embargo, enseguida deseché la idea de realizar un trasplante, de llevar al monasterio a una persona del municipio. Soy partidario de que la fotografía constituya un documento fedatario, ha de plasmar la realidad sin falsearla. Por muy redondas y bonitas que resulten las mentiras...

Tras unas cuantas pruebas con las luces mellizas del amanecer y el atardecer, acabé decantándome por esta última, porque reflejaba mejor el sentimiento de lánguida nostalgia

que me sugieren los anillos de silencio atrapados en esos muros, sólo perturbados por los alarmanes sonidos de la noche y el eco interminable de antiguos mementos y letanías.

A falta de paisanos que deambulan por allí a tales deshoras, sólo quedaba yo mismo, pero decidí que mi efigie apareciese difuminada, como desdoblada en una presencia que a la vez es ausencia, fundida con el propio edificio que me acogía y me brindaba refugio pensé a ser un extranjero desconocido.

Ataviado con ambigüedad, siguiendo un estética grunge de reminiscencias monacales, me preguntaba qué pensaría un monje medieval mientras miraba por la misma ventana varios siglos atrás, qué inquietudes le rendarían, si estaría en paz consigo mismo y con el universo, si pretendía cambiar algo en su vida o en la de los demás, si por el contrario –como recomienda Fernando Pessoa- se conformaba con el espectáculo del mundo, si vivía su fe con alegría o con desencantada resignación.

En definitiva: si estaba donde quería estar.

De algún modo, trataba de conectar con ese hombre, con sus inquietudes, aspiraciones y añoranzas, con el palpito de sus entrañas al cabo de un día de agosto.

Y al mismo tiempo, me sumergía en un profundo y sosegado ensimismamiento, más allá de la claridad, menguante a velocidad de vértigo, que se evaporaba tras las hojas verdes, en lo profundo del prolífico cañón del Sil.

Ante la vorágine y el desarraigo a los que a muchos nos condena la vida cotidiana, la serenidad, posiblemente irreal pero siempre idílica, que rezuma este lugar, no deja de suscitar el deseo, no del todo inalcanzable, de dar carpetazo a tantos y tantos compromisos banales que, a menudo, asumimos sin pensárnoslo dos veces.

Contemplar el final del día en Santa Cristina, puede constituir un detonante para la renovación de los votos juveniles, todavía no perturbados por la decepción, el espejismo de los límites que impone la realidad o la inconstancia en al procura de las utopías.

Hallar seguro y firme refugio en lo que Dante denominaba la Vita Nuova, cuyo componente primordial es el amor en todos sus órdenes: amor al paisaje, a la tierra, a las personas que la pueblan, en carne o espíritu, a la compañía divina cuya comprensión ansiamos.

Con esta imagen pretendía representar una puesta de sol sin sol, un monasterio sin signos evidentes de religiosidad pero cuyas ventanas nos anclan a la tierra sin dejar de apuntar hacia el firmamento, un árbol que está ahí pero que cede protagonismo a la luz, verdadera forjadora de todas las imágenes, que inunda con sutíliza el interior de la galería y a sus moradores.

Sé que son pretensiones demasiado elevadas y la prudencia recomienda moderación, pero me gustaría recordar aquella singular consigna que formuló Cornelius Castoriadis, uno de los inspiradores de la cadena de protestas que se vivieron en Francia en mayo del 68. seguro que la conocen. Dice así: “Seamos realistas: pidamos lo imposible”.

En estos tiempos, más que nunca, deberíamos hacerlo.

Muchas gracias.

Antonio Peña Godoy